



Capítulo 300 - Maldiciones.

El cielo sobre la ciudad santa estaba en estado de agonía.

Las nubes, antaño doradas y suaves como velos de divinidad, se habían convertido en densas masas palpitantes, como si el firmamento mismo se retorciera de miedo. Relámpagos centelleaban entre ellas, pero en silencio; sin truenos, como si el universo contuviera la respiración ante lo que se avecinaba.

En lo alto de uno de los edificios ennegrecidos por las cenizas de la guerra, se sentaba una figura solemne y elegante.

Valeria.

Su cabello blanco caía en cascada sobre sus hombros, en marcado contraste con la armadura plateada que portaba, forjada en metal lunar y bordada con hilos de maná vivo. Sus ojos dorados, etéreos y serenos, escudriñaban la realidad, viendo más allá de las barreras dimensionales.

Sentada en el borde de una marquesina en ruinas, cruzó una pierna sobre la otra, elegante incluso entre los escombros. Sobre su espalda, la lanza sagrada reposaba con la tranquilidad de una bestia dormida.

—Entonces... ¿deberíamos juntarnos? —su voz sonaba baja, como el repique de campanas en un templo olvidado.

Detrás de ella, apoyada contra una torre rota, estaba Gwen.





Su piel azul resplandecía bajo la cálida luz de las runas celestiales que flotaban en el campo de batalla. Vestía una capa oscura, abierta por delante, que revelaba los tatuajes arcanos que danzaban sobre su piel como constelaciones vivientes. Sus ojos violetas brillaban con malicia, pero también con estrategia.

"Diría que es bastante difícil, la verdad", respondió Gwen, sonriendo con los labios pintados de negro. "Usó un sello interno. De esos que dicen 'déjame jugar solo'. Y bueno... cuando el maestro entra en ese modo..."

Ella miró hacia arriba.

Abajo, rodeada de seis capas de runas giratorias, la Dimensión de Batalla latía con una luz entre púrpura y carmesí. Era como si cada capa fuera un mundo que intentaba contener la furia de dos monstruos jugando al ajedrez con truenos.

Kaori, tumbada de lado sobre la escultura caída de un ángel, alzó su mano pálida y suave, provocando círculos demoníacos que giraban en el aire. Su belleza era exótica. Vestía únicamente un kimono rojo, abierto en las piernas, bordado con lotos negros y gotas de sangre dorada.

—Acordemos el área circundante. —Su voz era tranquila pero firme, con un acento que emanaba de siglos de magia oculta—. Creo que el maestro se está pasando de la raya. Tiene esa... mirada asesina.

Sus dedos danzaron por el aire como pinceles, y aparecieron seis nuevas barreras, superponiéndose a las anteriores como mandalas que se desmoronan. Cada una entonaba una canción diferente, en idiomas que ningún ser viviente se atrevería a pronunciar.

"Quería divertirme..." gruñó una voz profunda y gutural.



De las profundidades de la estructura destruida emergió Kraggor.

Un monolito de músculo vivo. Su piel rojiza ardía como brasas bajo un manto de huesos endurecidos. Sus cuernos se curvaban hacia atrás como guadañas demoníacas, y a cada paso que daba hacía crujir el suelo. La enorme arma que llevaba atada a la espalda —un martillo de guerra del tamaño de un coche— parecía pequeña en comparación.

Se cruzó de brazos con un suspiro casi infantil.

"Siempre es lo mismo... 'sellos', 'códigos', 'equilibrio dimensional'..." resopló, echando humo por la nariz. "Solo quería destrozar algo."

Valerie sonrió levemente, casi como una madre delante de un niño impaciente.

"Sigo pensando que es imprudente luchar sin conocer al enemigo", murmuró, con sus ojos dorados aún fijos en la dimensión de la batalla. "Este 'Espectro'... no es solo poder. Es desviación. Es puro desorden."

"De acuerdo." respondió Kaori, ajustando uno de los sellos que giraban lentamente sobre su cabeza como halos invertidos.

Por un momento, el grupo pareció estar en armonía. Silencio. Reflexión.

Pero entonces, como siempre, Gwen rompió el clima.

"Creo...", dijo con una sonrisa depredadora, "que este es el mejor momento para atacar". Se giró, con los ojos brillantes.





Entonces... Kraggor habló, como si intentara explicarse. "Piénsenlo. Ninguno de los dos se conoce del todo. Este es el único momento en que la batalla está igualada. Si sigue así, Spectre se adaptará. Evolucionará. Y si activa el fragmento Ex-Calibur, estamos perdidos. El maestro aún no ha terminado el nuevo Yamato."

Valerie y Kaori intercambiaron miradas silenciosas.

Entonces, al mismo tiempo, se volvieron hacia Kraggor con una expresión de duda...

"¿Desde cuándo eres tan listo?", preguntaron al unísono, casi melódicamente. "Creíamos que eras un bruto".

Kraggor frunció el ceño, indignado.

—¡Oye! Soy bueno en combate. Eso es todo. Puedes encargarte del resto — respondió, encogiéndose de hombros.

"De verdad que sí", añadió Gwen. "Ya pensamos demasiado. Cuatro cerebros intentando predecir todos los futuros a la vez solo nos estorban."

Ella sonrió, sus caninos visibles, afilados como dagas.

"Pero su observación fue muy acertada".

Luego Gwen señaló más allá de la barrera.

A lo lejos... mucho más allá... un antiguo cementerio comenzaba a moverse.





"Hay dos invasores desconocidos por ahí... y se están metiendo con los muertos". Señaló con el dedo índice; su uña pintada brillaba bajo los rayos de luz dimensional.

—Esos tipos... no estaban invitados. —Luego le dio una palmadita a Kraggor en la espalda—. Anda, grandullón. Diviértete.

El coloso rió, un trueno gutural que reverberó en lo alto del edificio.

Entonces, de un salto, Kraggor desapareció hacia el cementerio como una bala de carne y furia.

Una mancha roja con cuernos llameantes que desgarran el aire.

Kaori lo vio desaparecer entre los edificios. "Parece Hulk Rojo con cuernos", suspiró Valerie.



Valerie suspiró. "Sí... pero al menos es nuestro Hulk".

...

El silencio entre Vergil y Spectre era casi más peligroso que los gritos de la batalla anterior.

Se miraron fijamente en el centro de la dimensión sellada: dos titanes de esencia opuesta, pero igualmente amenazantes. El suelo a su alrededor ya no sabía si hundirse o flotar. El tiempo vacilaba, como si la realidad misma contuviera la respiración.



Vergil hizo girar a Yamato con movimientos lentos, casi perezosos, como si manejara un cuchillo de cocina y no una espada capaz de atravesar dimensiones. La sonrisa aún se dibujaba en la comisura de sus labios, pero sus ojos estaban entrecerrados, atentos.

Espectro, en cambio, no movió un músculo. Su cráneo permaneció ligeramente ladeado, como si ya hubiera analizado mil futuros y solo sintiera curiosidad por ver cuál elegiría Vergil.

"No vas a atacar primero."

Spectre rompió el silencio y su voz salió tan seca como hojas aplastadas en invierno.

"Tu ego no te lo permitiría."

Vergil resopló levemente, cruzándose de brazos.

"¿Atacar primero? ¿Estás bromeando, verdad?"

Se hizo crujir el cuello.

Esto es teatro. Y yo soy el protagonista. El villano siempre empieza el acto.

Spectre respondió con un leve asentimiento y su capa se onduló como si el universo se hubiera ahogado.

"Ya empecé. Estoy aquí. Eres tú el que llega tarde."





Ambos permanecieron inmóviles durante unos segundos. La tensión era tal que se abrió una grieta en el techo dimensional, precisamente por la gran cantidad de energía suspendida en el aire.

Virgilio sonrió, pero no respondió.

Spectre tampoco se movió.

El juego mental había comenzado.

Un movimiento en falso significaría el inicio de una verdadera confrontación, y ambos sabían que, más que fuerza, para ganar se necesitaba dominio de la intención.

Pero entonces...

Algo rompió el silencio.

Un aullido.

Fuerte. Salvaje. Afilado.

Espectro giró levemente la cabeza y, en un instante, un lobo gigantesco de pelaje gris plateado surgió de las sombras tras él. Sus ojos eran como brasas azules y su boca abierta se cerró brutalmente sobre el hombro izquierdo del cráneo.

GRIETA.





Espectro se tambaleó, sorprendido, no por el dolor, sino por la interrupción. La capa negra atacó en respuesta, intentando expulsar a la criatura mística que ahora le enseñaba los dientes con furia primitiva.

—Fenrhaem... —murmuró Vergil con una media sonrisa—. Siempre amable.

Y entonces Vergil apareció frente a Spectre, no caminando, no corriendo, sino simplemente estando allí, como si la distancia entre ellos se hubiera rendido a su voluntad.

Sin previo aviso. Sin teletransporte visible. Sin posibilidad de reacción.

Y él golpeó.

Un solo puñetazo.

No fue un golpe lleno de pirotecnia mágica, ni una explosión elemental. Solo un puño cerrado, envuelto en la energía azul plateada de su poder demoníaco sellado, atravesando el aire como un veredicto final.

El impacto impactó contra el cráneo de Spectre y el universo gimió.

La dimensión se estremeció como una caja de cristal a punto de estallar. La burbuja que contenía a los héroes se tambaleó, los cielos sangrientos volvieron a desgarrarse, y el suelo que lo sostenía todo se derrumbó durante unos segundos antes de recuperarse.

Espectro voló.





Lanzado como un misil negro, envuelto en su propia sombra destrozada, recorrió decenas de metros hasta estrellarse contra una columna de energía estática que sostenía el velo dimensional.

—Ahí está el comienzo del primer acto. —Vergil giró la muñeca y sacudió la mano, como si acabara de espantar una mosca—. ¿Puedes dejar de fingir que eres intocable?

Fenrhaem gruñó en el fondo, todavía sosteniendo fragmentos de la capa negra entre los dientes.

Spectre se levantó lentamente del cráter, con el cráneo ligeramente roto en un costado.

La grieta... brillaba.

No con luz.

Pero con odio absoluto.

—Te arrepentirás —susurró la calavera, ahora sin rastro de ironía.

Vergil se estiró como quien va a correr una maratón por diversión. "Eso espero. El arrepentimiento hace que el desayuno sea sabroso."

"A pesar de todo...", pensó Vergil, entrecerrando los ojos al ver a Spectre ascender del cráter. "...este tipo debería ser más fuerte, ¿no?"

Frunció el ceño ligeramente, como si algo estuviera fuera de lugar.





Y entonces lo sintió.

Un hormigueo. Un ardor extraño. Algo... anda mal.

—Ah... por supuesto —murmuró Vergil, en un tono casi aburrido.

Con un movimiento limpio, apartó a Yamato y se cortó la mano izquierda sin dudarle. Apenas tuvo tiempo de sangrar; la mano cayó al suelo y se convirtió en polvo ante la mirada de todos.

"Maldición de corrosión..." dijo con desprecio, viendo como los fragmentos desaparecían como cenizas.

"...que mal chiste."

Del otro lado, Spectre emitió un sonido que podría haber sido una risa... si las calaveras pudieran reír.

"Astuto", comentó, "pocos se habrían dado cuenta tan rápidamente".

Vergil simplemente se encogió de hombros, haciendo girar a Yamato entre sus dedos con su mano restante.

"Soy rápido... incluso cuando me están envenenando."

"Y tú..." apuntó con la punta de la espada a Spectre,





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"...necesitará algo más que trucos de nigromante de segunda categoría".

